

DISCURSO

pronunciado por el Colegial don Tobías
Hernández Rojas (1)

Señores:

Estos ritos, que aunan el concierto litúrgico al homenaje perdurable, anuncian la exaltación de quienes, tendiendo la mirada hacia el futuro, previeron días de gloria y fruiciones de ensueño realizado. Todo anuncia aquí la ausencia de exóticos alardes: desde el ambiente de cordialidad que nos circunda, hasta las cláusulas que fluyen empobrecidas de mis labios, ningún arresto deslumbrante, ninguna pretensión inusitada, nada grande ni admirable, si no es el brillo dilatado de un ideal, y la hidalguía de un pensamiento que bastan por sí a ponerle un tinte de solemnidad al instante aprisionado. Sombra que lucha entre la sombra, nada podrá agregar mi entusiasta juventud a esta ceremonia inolvidable, que, por honrosa designación, tengo la fortuna de ofrecerlos.

Asistimos hoy a un hecho de aquellos que constituyen como un mito legendario en la historia del vivir humano: hombres y pueblos, en su ansia de perpetuación indefinida, han sentido la necesidad de rendir tributos estables a los príncipes de la idea creadora, a los señores de actividades connotadas que en el campo abierto o en el alvergue escondido concibieron y modelaron para ellos días de integral o parcial mejoramiento. Levantó el Oriente subyugador y milenarismo su singular arquitectura en templos y mezquitas enigmá-

(1) Este discurso fue pronunciado con motivo de la colocación de sendas placas en el nuevo templo de Cáqueza, como homenaje al presbítero doctor don José Ismael Téllez y al arquitecto don Pablo de la Cruz, el día 19 de mayo de 1935.

ticamente silenciosos para panteón de sus profetas y filósofos; la Grecia de Fidias y de Homero en monumentos iluminados por el genio perpetuó la memoria de sus dioses, de sus héroes y de sus artistas; a los pies de conquistadores y jurisconsultos depuso el paganismo romano su orgulloso poderío y los mármoles latinos se hicieron relicario de nombres inmortales; y la lumbre de la civilización occidental, iluminando pueblos y consagrando nombres, ha ido mostrando a la humanidad, como un reguero de sombras, una constelación de bronce conmemorativos, apologistas incansables de la virtud acrisolada y de la energía pujante y vencedora.

Afán altísimo y dignificante este que así brota de la naturaleza al toque de una causa eficiente; sed de armonía que, doblegando la admiración ante el esfuerzo, nos impulsa a rendir este homenaje de silenciosa elocuencia, de honda sinceridad y de profunda justicia que ya de años atrás reclamaban vuestras obras.

Y qué bien resuena bajo la austeridad del santuario augusto este brote de nuestros pechos rebosantes de júbilo, ávidos de manifestaros con qué inflamado deleite entregan hoy al respeto y a la veneración de las generaciones futuras los nombres ilustres de José Ismael Téllez y Pablo de la Cruz, preseña aquilatada de nuestra arrogancia y crisol donde se funde nuestra perpetua gratitud. Levántase ya el velo de nuestro secreto reconocimiento para que luzca el mármol impoluto que ha de contar vuestro altruismo impecable y vuestra victoria consumada a los seguidores de nuestra ruta, a los peregrinos del mañana, a todos aquellos que han de reemplazarnos cuando «traspuestos al mundo de lo invisible» y lanzados a la vida del recuerdo, queden tan sólo las cenizas supérstitas que animó un alma ya para siempre abismada en lo eterno.

Flota hoy en este recinto cierto halo de supervivencia; se anuncia aquí, uncida por la grandeza de las obras, la carroza de la inmortalidad terrena, reflejo del espíritu de Dios que nos gobierna, trasunto de esta otra vida inmortal que nos sublima y «atributo de hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno y mueren dejando en el mundo una herencia de gloria».

Herencia superior es la vuestra, porque lleva en sí la huella de las almas creadas para las alturas, porque las respalda la nobleza de su objetivo y se yergue como una dulce ensoñación sobre el erial de la materia desolada. Si otros méritos no exornaran ya vuestra existencia, si la luz indecisa de la última jornada os sorprendiera sin otros atavíos, bien engalanados os presentarías ante los umbrales de la eternidad, porque la muerte que aprisiona el cuerpo, que trunca las esperanzas y ambiciones mejor constituidas, que desmenuza y avienta el esplendor de las efímeras creaciones humanas, no puede encadenar el espíritu ni despojarlo de lo que es suyo, de cuanto lo especifica y distingue y lo realza o empequeñece ante Dios y ante los hombres.

Al par que las emanaciones luminosas de los astros nos revelan su natural abscondito y lejano, las obras, cristales del dolor y la fatiga, descubren toda la potencialidad de una vida que tras rápido fulgurar se pierde en las penumbras del misterio. Son ellas y no las palabras las que ungen para siempre a los mortales.

Avante a de sacarme, eximio sacerdote, el testimonio elocuente de este alcázar, que ya veo iluminado por fulgores divinos, y que surgido al golpe tenaz de vuestro celo, para formar la trilogía admirable que hermosea vuestro plácido atardecer y que se levanta como un himno de alabanza a la Trinidad Excelsa, será el broche de finos quilates con que se

cierre vuestra marcha de glorioso cruzado, de caballero cristiano «sin miedo y sin reproche». Robusta y perdurable culminación de una vida, espléndido y sublime monumento, dijérase que se incorpora para colocar en vuestra frente los lauros que formaron el privilegio de los grandes.

Y cómo podíamos, sin contrariar leyes de elemental decoro, dejar pasar inadvertidos la valiosa colaboración, el máximo desinterés y la largueza desmedida con que ha querido abrumarnos el prestante cultivador de la estética a través del dinámico equilibrio, el perito en las locuras admirables de Ictino y dominador de las disciplinas de Arquímedes, el varón de espíritu vigoroso que con alas prepotentes ha ascendido «hasta las esferas de la ciencia y los amenos campos del arte y la belleza», el arquitecto cuya inteligencia y prestigio permiten afirmar la iniciación de una actóctona cadena de valores formados a la lumbre de tales disciplinas que dilatará las fronteras espirituales de la patria. Bien sabía vuestra sensibilidad de artista que la belleza de la forma no perece, ni es pequeño triunfo aprisionar en la materia los encantos de esa deidad tanto más esquivada cuanto más subyugadora. Y si a esa gloria, que sólo alcanzan los hombres superiores, se añade el anhelo de servir a la comunidad, el mérito se acrecienta, se purifica la victoria, sube de punto la admiración, y la gratitud de los pueblos es entonces un simple imperativo ético. Y bajo ese mandato categórico nos hemos congregado, señor doctor De la Cruz, para manifestaros en esta hora solemne nuestro sentir agradecido y hacer justicia a vuestro gesto generoso. Cuánto hubiéramos querido que fuera éste un acto digno de la exquisita munificencia que ha ligado vuestro nombre esclarecido a nuestras humildes tradiciones; mas si ello no nos fue dado, sabed que nada

hay aquí que se marchite bajo el sopor de los años; vivo estará vuestro recuerdo, vivo vuestro proceder magnífico y viva la resonancia espiritual de vuestra obra en el corazón de todos los hijos de esta ciudad, que al asomarse al pórtico sagrado fijarán sus ojos doloridos en los signos que guardan en su seno los centinelas de la gloria.

Y ya estáis viendo, señores festejados, como se rompe el mutismo reverente suscitado por la alteza de vuestras miras, cual cristaliza el sentimiento de un pueblo ávido de manifestaciones perdurables, y ahora comprenderéis por qué tantos espíritus conscientes buscando vuestra exaltación encontraron, como siempre, que era mejor declinar la pompa externa de un momento ante la sencillez de una inscripción custodiada por el arcano recogimiento de este sitio y resguardada del tiempo y de la muerte.

Sobre este mismo lugar, pedestal ahora de soberbia arquitectura, se alzaba hace cerca de tres lustros la deleznable flaqueza de unos muros derruidos por el tiempo, viejos y destartados, que hacían contraste con el donaire de las banderolas frescas y lozanas crecidas a su sombra, ofreciendo a los mortales el símbolo eterno de lo que se rinde cansado ante la muerte y de lo que surge pleno de juventud ante la vida. Cómo pensar entonces que al cabo de tan breve lapso se irguiera aquí con tanta magnificencia, con tan perfecta ejecución, con tan pasmosa majestad esta casa de Dios, hija de la fe, de la generosidad y del esfuerzo constante de un pueblo que supo secundar una iniciativa feliz y encontró en ello la rotunda realización de un ideal largamente ambicionado. Paréceme estar en presencia de una de aquellas lujosas fantasías orientales que tratan de deslumbrar la inteligencia y rendirla con su

aparato ilusorio; y no me equivoco del todo, porque esto que veis ahora era ayer no más una simple fantasía, una halagüeña ensoñación, un derroche sublime de la mentalidad creadora del célebre arquitecto aquí presente; pero hoy esa hermosa concepción se ha trocado en colosal y perentoria realidad, se alza de la tierra liviana la urdimbre armoniosa de su estética para tratar de confundirse con las formas aladas de las nubes, con los vaporosos castillos de los celajes tropicales y se clavan sus torres en el azul de Dios, cual si transformadas en antenas poderosas quisieran captar las dádivas del Hacedor Supremo para sus creyentes y abnegados servidores.

Puro, armonioso, elegante como una urna helénica, tiene este templo el señorío y la grandeza de los varones que presidieron su creación, la sencillez y el donaire del alma cristiana y airoso de nuestras mujeres y el lustre de los frescos empujes culturales de la Patria. Bajo el dombo de su cielo despejado seméjase un cofre artístico sostenido por lazos azules y manos invisibles.

Si detrás de todas las obras inmortales puede adivinarse la personalidad de sus autores, si como Plotino afirmaba del partenón tiene ese arquetipo una belleza humana; si afinando al aventajado discípulo de Sócrates pudiéramos pensar que la belleza de las cosas es un reflejo de la hermosura del alma, porque el hombre siente, piensa y obra en íntima relación con su yo: si un golpe de martillo sobre la estatua de Moisés retrató un estado anímico del máximo artista toscano, qué hemos de decir del genitor intelectual de esta obra, de su iniciador y propulsor afortunado y del pueblo que así se aprestó a sacarla del mundo de las ideas?

Las grandes empresas siempre fueron hijas de las más profundas convicciones, y de todas éstas ninguna

más eficaz y saludable que la religiosa, aunque de otro modo piense el laicismo que en vano pretende desvincular al hombre de Dios para entregarlo sin fundamento seguro al culto de la razón. Conato quimérico, repite, porque la religión es ligamen infrangible que ata a lo infinito lo efímero; voz interior que hora tras hora nos recuerda ese allá tan cierto y tan ignoto; llama que temple las almas para las nobles proezas, y fuerza irresistible que subyuga el férreo corazón de los mortales. Ya sea lumbre que ciega sobre el Sinaí, ora rito y plegaria que formula el corazón estremecido, la religión es siempre efuvio de eternidad, génesis de poderío y síntesis de grandeza incomparable. Religión predica la tribu que ofrenda sus primicias a los poderes ocultos; religión pregona el conductor de pueblos que invoca ante el ara la protección de sus dioses, y religión repite el ministro sagrado al renovar el eterno «consummatum» del Hombre que redimió al hombre entre nubes de sombras y destellos de gloria.

El mismo religioso sentimiento que ha acompañado a la progenie humana, idéntica inclinación mística ante un poderío que al par que anonada, sublima y engrandece, existe en el pueblo, cuya fe acrisolada y cuyas creencias en una armonía ultraterrena parecen tomar cuerpo ante vosotros, plasmadas en esta fortaleza apocalíptica, enhiesta y vigilante. Fiel a las tradiciones de sus mayores ha mantenido incólume la orientación espiritual que ellos le dieron: no ha sonado para él la hora de fulminar anatemas contra el pasado, cediendo al hechizo de febriles sugerencias, de irritas promesas o de doctrinas que hoy son y mañana no parecen. La huella que imprimió la mano de los tiempos no puede borrarla el huracán de un día; los añejos valores jamás deben temer al hallazgo improvisado y menos a los sistemas caducos disfrazados con fórmulas nuevas para

tratar de darles un último lampo de vida. ¿Firme, incommovible, persistente como un yunque, sólo lo conmueve la fuerza incontrastable de los grandes ideales, nunca el asedio melódico ni el embrujo seductor de todo cuanto llega y pasa con premura. Lo mismo que en otros campos, en el estadio religioso gusta siempre de los valores probados, y por eso la doctrina que resonó en las riberas del Tiberiades; la que «salió triunfante de las Catatumbas con su corona de luz y de martirio»; la que defendió el pueblo castellano con épica bravura; la que ofrendó Colón a la América; la que profesó en el Nuevo Reino el ilustre golilla granadino, y confesó e impulsó el valeroso Juan de Céspedes en estas regiones orientales; es la misma que alza su lábaro inmarcesible sobre aqueste turbión de almas inconformes, listas a proseguir esa senda de honor y de ventura, a no desmayar en el empeño de transmitir a los venideros un monumento ejemplar de nuestra fe, a hacer que la materia inerte se torne lengua sonora que en repercusiones indefinidas recuerde a los que han de venir la enérgica convicción de los que fueron.

Y por esa puerta que acabáis de bendecir y que a semejanza de la del templo de Jano, ha de anunciarnos siempre la paz de los deberes satisfechos, la tranquilidad del proceder honrado, o el rompimiento con el más poderoso de los fuertes, unos tras otros rodaremos hacia el vórtice donde la materia se transforma, pero de allí surgirá transfigurada, como una evocación mirífica, sonriente y alentadora, la dulce imagen de las convicciones que alimentamos en la vida. Y estos muros, estas arcadas vigilantes, esta contextura imponente, serán testigos de que hemos ido en pos de senderos eternos buscando el por qué de los enigmas en aquello que Spencer llamó «lo incognoscible» y que en len-

guaje cristiano se denomina «Dios». Porque pasarán los siglos y adelantará la ciencia, y nuevos horizontes se abrirán a la razón humana, pero siempre se alzará delante del hombre, como se alzó delante de este pueblo, la voz de un misterio que le diga: «excelsior», más arriba, más allá de los espacios inmensos, hasta la génesis increada, hasta el infinito insondable.

Perdure, para legítimo orgullo de los actores de hoy y de los conquistadores del mañana, este símbolo del amor heroico, relicario hecho de acciones saludables y recuento de una jornada sorprendente. Queden ahí, el sacro templo como un recuerdo a los soldados ignotos de una causa proseguida con firmeza, y los mármoles parlantes cuya voz inextinguible no deje declinar vuestra memoria. Prosiga ahora el golpe del cincel sobre la piedra: renuévese el ritmo modelador que aquí entona el brazo del artista, y anúnciennos esas notas redentoras que, cual otro Miguel Angel, estamos esculpiendo sobre una tumba el monumento de nuestra propia glorificación.

TOBIAS HERNANDEZ ROJAS, colegial.